

“Autodenigración hispánica y desespañolización”

p. 77-83

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



*Rescatando el Santo Sepulcro de lo
Español*

Dios nos concedió el destino más alto entre todos
los destinos de la historia humana: el de completar el
planeta el de borrar los antiguos linderos del mundo.

Marcelino Menéndez y Pelayo



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



AUTODENIGRACION HISPANICA Y DESESPAÑOLIZACION

Fué necesario que en el siglo XIX aparecieran en el escenario intelectual del mundo gentes como Alejandro de Humboldt, Washington Irving y Guillermo Prescott, para que España y Portugal recordaran mejor la importancia de su propia obra descubridora y colonizadora en América.

Los primeros años del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, no carecieron de literatura que narrara con brillante colorido, la epopeya de aquellos audaces navegantes y dominadores de imperios. *Herrera, Pedro Mártir, el Inca Garcilaso de la Vega*, son exponentes de la altura que alcanzó el cultivo de este género literario. Pero todos estos escritores resultan pigmeos al lado de los hombres de acción españoles y lusitanos, que con su fiebre aventurera, su sed de oro y su hondo sentimiento religioso, formaban con su esfuerzo un imperio colosal.

Hay un soldado sin embargo, cuya obra literaria no sólo iguala sino supera a su esfuerzo épico, Bernal Díaz del Castillo. Pero cuando se acerca uno a su “*Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*”, hay que pensar en lo que dijo Walt Whitman, hablando de su propia obra: *no estás tocando un libro sino a un hombre*.

Si de este aspecto pasamos a otro, no menos importante, vemos que la leyenda negra fué obra de los propios españoles. ¿Existe en algún otro lugar del mundo un pueblo como Es-



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

pañá, capaz de empañar su propia gloria? Quien puso los pilares de la leyenda negra, fué Fray Bartolomé de Las Casas. No falta español o hispanoamericano, que indignado por las hipérboles que usaba Las Casas, llegue a creer que era judío y que por eso procedía con aquella su conocida indignación. No, Las Casas fué español, auténticamente español, y como tal, capaz de negar la grandeza heroica y brutal de su propia raza. ¿No fué acaso también otro español el que a raíz de la derrota ibera de 1898, lanzó un grito de “*¡muera Don Quijote!*”, para después decir: “*Y yo dí un ¡muera Don Quijote!, y de esta blasfemia que quería decir todo lo contrario que decía, brotó mi culto al quijotismo como religión nacional*”.⁵³ En efecto, sólo un español, un hombre como Unamuno, puede expresar: “*Si consiguiéramos hacer creer que en un día dado, sea el 2 de mayo de 1908, el centenario del grito de la independencia, se acababa para siempre España; que en este día nos repartían como a borregos, creo que el día 3 de mayo de 1908 sería el más grande de nuestra historia, el amanecer de una nueva vida*”.⁵⁴

Pero precisa aclarar que España tuvo conciencia de su fuerza, en el siglo en que la historia de este pueblo era la historia del mundo. El español, que fué súbdito de Carlos V o de Felipe II, al pisar la tierra de Flandes, Italia, Francia, América y Filipinas, se sabía representante del imperio más poderoso del mundo. Epígono de una raza que en un esfuerzo secular había logrado vencer el poder morisco y fundaba el primer Estado moderno, el español creía tener una misión extraterrena. “*Sus energías crecían con los peligros, arreciaban con los obstáculos, se agigantaban con la adversidad; sólo*

53 “Del Sentimiento Trágico de la Vida”, Miguel de Unamuno. Ensayos, tomo II, pág. 984. Edición Aguilar, 1945.

54 “Vida de Don Quijote y Sancho Panza”. Miguel de Unamuno. Ensayos, tomo II, pág. 67. Edición Aguilar, 1945.



D E S E S P A Ñ O L I Z A C I O N

*la muerte los vencía; pero no, ni ella; la religión de la esperanza se encargaba de hacerles sobrevivir y les presentaba ante el Juez Supremo, tintos en sangre, pero con la cruz de la espada entre los labios y en el corazón, la fe en la espada y en la cruz”.*⁵⁵

Pero si España llegó en el siglo XVI al momento culminante de su esplendor, al terminar ese gran siglo tocó a los umbrales de la decadencia. Felipe II, que había sido impotente para extirpar el protestantismo en Inglaterra; que no pudo dominar a Francia ni someter a los Países Bajos, muere al finalizar esta trágica centuria.

Mientras España descendía poco a poco en importancia dentro de la esfera internacional, Inglaterra subía a pasos de gigante hacia la cumbre de una prosperidad ilimitada.

Después, corriendo parejas con la decadencia, vino la imitación de lo exótico. Primero se imitó el buen vivir del período versallesco, después la Filosofía de la Ilustración encendió la imaginación española e iberoamericana, y finalmente fué de buen tono imitar todo aquello que pudiera imitarse, con tal de que no fuera de olor hispano.

El resultado de aquello fué que el mundo de habla española miró con desprecio todo su pasado; y cuando llegó el momento en que se desintegraba el Imperio, cada cual dirigió su nave rumbo a tal o cual utopía.

En América el odio a España y a lo tradicional, tomó proporciones fantásticas. Un militar como don Francisco de Paula Santander, sin ocultar sus crueldades y su odio antiespañol, afirmaba: *“Se me echa en cara haber fusilado treinta y nueve españoles... ¡Pues sólo me queda el sentimiento de que no hubieran sido treinta y nueve mil!”*

⁵⁵ Justo Sierra, “Evolución Política del Pueblo Mexicano”. Edición del Fondo de Cultura Económica, 1940, pág. 64.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

Don Faustino Domingo Sarmiento pensaba que la tragedia de América era el haber sido en gran parte ocupada por españoles y que urgía la desespañolización. Pero Sarmiento era un emotivo y por lo tanto susceptible de ser fácilmente arrebatado por la ira. Mas don Juan Bautista Alberdi, cabeza sólida, hombre de ponderación y cálculo, era sin embargo víctima del mismo prejuicio aunque en menor intensidad.

Bolívar, pese a su genio, fué impotente para sobreponerse al contagio de aquella infección. En efecto, llegó a afirmar:

“De todos los países, es tal vez Sudamérica el menos a propósito para los gobiernos republicanos, porque su población la forman indios y negros, más ignorantes que la raza vil de los españoles, de la que acabamos de emanciparnos. Un país que se encuentra representado y gobernado por pueblos semejantes, no puede ir sino a la ruina”.

En medio de aquel ambiente saturado de antiespañolismo, no faltaba sin embargo más de una voz que hablase de fidelidad a la tradición española. Alamán, única figura de Hispanoamérica digna de rivalizar con Bolívar en aquella época, por la profundidad de sus juicios iberoamericanos, habló de la necesidad de fraternizar con España. Pero el odio antiespañol impedía por lo pronto, la posibilidad de una reconciliación entre la metrópoli y sus antiguas colonias.

Pasadas estas primeras décadas en que América presa de la anarquía, luchó por organizarse políticamente, el mundo hispano pudo respirar una atmósfera más pura.

Díaz reafirmaba en México la República liberal, ya sólidamente cimentada por Juárez; Argentina había establecido un régimen institucional; García Moreno había realizado en Ecuador obra constructiva; el Brasil sustituía un imperio por un sistema republicano.



D E S E S P A Ñ O L I Z A C I O N

La intelectualidad iberoamericana representada antaño por hombres como Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, reconocía ahora como exponentes a Francisco Bulnes, Justo Sierra, Eugenio M. de Hostos, José Martí, Rubén Darío y otros no menos ilustres.

España en tanto, había reconocido la independencia de sus antiguas colonias de Tierra Firme, pero conservaba aún dominio sobre Puerto Rico, Cuba y Filipinas.

No fué Pereyra de la generación de los intelectuales que fueron caudillos ideológicos, en el momento en que tuvo lugar el dramático duelo que iba a liquidar definitivamente el poder imperial de España; pero fué testigo de sus afanes, de sus luchas y de sus anhelos.

Pero si un Justo Sierra desde antes de ir a España supo evolucionar de un liberalismo antiespañol, a la comprensión de lo que hay de grande y de noble en ese pueblo, hubo intelectuales hispanoamericanos de significación, que no lograron el mismo resultado. Eugenio M. de Hostos, caballero que por su fisonomía, sus maneras y su porte señorial era un auténtico español de América, tenía todavía fuertes prejuicios contra el sistema colonial de España. Había vivido bastante tiempo en ese país, pero su estancia allí, no fué suficiente para producir una transformación completa en su criterio político.

Otro caudillo, que luchaba por la emancipación de Cuba, como Hostos lo hacía por la de Puerto Rico, acertó más que nadie a comprender el valor de lo español. Aunque la caudalosa obra de ese gran cubano que se llamó José Martí, tiene la influencia de la corriente antiespañola —¿quién podía desprenderse en ese tiempo en absoluto de este prejuicio?—, tal vez nadie como él acertó a entender la realidad iberoamericana y española, y su posición frente a la amenaza anglosajona.

Buscó Martí entre los políticos de la madre patria, una comprensión para sus ideales, que eran el anhelo vivo de



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

toda Iberoamérica. Pero si en los finales del siglo XVIII hubo un Conde de Aranda que predicó en el vacío, en el XIX había muchos estadistas que andaban a ciegas, intentando comprender la doctrina del gran aragonés, cuando en realidad no hacían otra cosa que mirarla a través de los cristales de la refracción. Uno de estos ofuscados era don Emilio Castelar, que si por este aspecto merece reproche, es digno en cambio por otra parte, del aplauso de los hispanoamericanos que le debemos un tributo de admiración.

Si los mismos españoles de la generación del 98, sintieron una maldición cernirse sobre su patria y renegaban de su pasado, ¿había algo de extraño en que los hispanoamericanos hicieran lo mismo?

Un año después de este momento trágico, Francisco Bulnes, al referirse a España, hizo uso de una dialéctica plétorica de salvaje belleza y de afirmaciones unas veces agudamente certeras, y otras profundamente equivocadas:

“En la España del siglo XVI, después que la tiranía de Carlos V, exterminó a Sancho Panza y su raza; la lógica sin clima cerebral fué para siempre proscrita. El español industrioso y honrado desapareció para dar lugar al imbécil feroz y al héroe furibundo; ambos con la vanidad de monarca de cafres. La gran talla del español fué la del bandido que conquista y pone los pies de los príncipes en la lumbre para robarlos; fué la del poeta con lenguaje de maravilloso pájaro y con pensamiento de insecto, ensalzando el terror; la del teólogo haciendo matemáticas con horribles suplicios; la del pintor revoleando la estética entre gesticulaciones de réprobos, vientres destripados y serruchos que cortan huesos y dividen tendones. Todos, grandes y pequeños tenían más ambiciones que los reyes y más demencia que los hidrófobos. La nota artística nacional era tan sonora, tan grande, tan explosiva por el contraste, tan potente por su conmoción, que mezclados en una misma época con Cortés, Almagro, Torquemada



D E S E S P A Ñ O L I Z A C I O N

*da, Carvajal, Felipe II, Calderón, Lope de Vega, Loyola, Rivera, Alva, aparecen Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Murillo, Velázquez; monstruos y artistas, pero ni un solo hombre de ciencia; lo que prueba que toda aquella memorable acción, la engendraba la mentira”.*⁵⁶

Justo Sierra a raíz de estos acontecimientos, y dentro de las modestas dimensiones de su iberoamericanismo, vindicó la grandeza de lo español. Don Justo, censurando lo que hay de condenable dentro de la colonización española, es uno de los defensores iberoamericanos de la gloria ibera.

Pereyra desenvuelve su educación y prepara su arsenal de caballero andante, en el momento en que estos hombres tocan a su madurez intelectual. No fué ajeno, ya lo he dicho, al prejuicio anti-español, pero se colocó bien pronto por encima de él. Su tránsito al ángulo de la Hispanidad extremada, no fué obra de un día. Más de una década pasó para que fuese posible trasmutar su credo y, durante este tiempo, tuvo luchas intensas dentro de su conciencia de historiador. Peleaba a menudo, dentro de él, el sociólogo contra el romántico y acabó por vencer la convicción sociológica.

⁵⁶ Francisco Bulnes, “El Porvenir de las Naciones Hispano Americanas”, pág. 26.